

en los primeros siglos del Cristianismo, todas las herramientas de los zapateros. En otra, el personaje principal es Crispín, hijo del Duque de Kent, el que, perseguido por el Emperador Maximiano, debe huir y encuentra refugio en casa de un zapatero donde aprende este oficio. Pasan algunos años y Crispín se aventura a dirigirse a la ciudad. Allí conoce a Ursula, hija del Emperador, quien se enamora de él. Crispín le da a conocer su origen. Los hijos de dos familias enemigas, como en la tragedia shakespereana, tienen su idilio. Crispín se enrola como soldado en el ejército y se cubre de gloria por su valor. A su regreso es perdonado por Maximiano y se casa con Ursula. De aquí el subtítulo que lleva la obra: *Todo hijo de zapatero nace príncipe y señor.*—G U I L L E R M O G A N D A R I L L A S M.

LA LITERATURA FRANCESA DE MAÑANA

EL nuevo año intelectual, que comienza en el mes de Octubre y no el primero de Enero, no ha sido nunca tan misteriosamente escondido, en sus fines, como en este otoño de 1930. Nunca como ahora ha tenido el público interés en saber, como dicen las señoras, «lo que se va a llevar este año» en literatura, porque en Europa estamos a la espera de acontecimientos políticos graves. No estamos seguros de no volver a una guerra. Y esta vez sería el fin de la civilización blanca, de tal manera se sabe que los recursos de la química y de la electricidad dominarán el campo de batalla. Esta proximidad acrecentada cada día de la guerra universal (todos los pueblos están obligados, por las más contrarias razones, a mezclarse en ella poco a poco), es preciso darla a conocer en los países sanos y jóvenes de América, a fin de que se hagan algunos esfuerzos en pro de la paz, para que si queda una sola esperanza, a ella lleguemos. Ahora bien, en Europa los remedios políticos parecen definitivamente vanos, y no nos queda sino una posibilidad: el espíritu. ¿Qué mentalidad nos van a revelar los escritores del próximo invierno? Si se tiene en cuenta la importancia capital que el pensamiento escrito adquiere de día en día en una Europa que devora bibliotecas, la influencia de los escritores puede contrabalancear la peste del belicismo.

Creo que la literatura llamada deportiva, al introducir la mentalidad del campeonato, bajo las apariencias del juego ha contribuído a dar una nueva forma a la mentalidad agresiva del nacionalismo belicoso.

La novela y la literatura de viajes—a la moda moderna—, que no presentaban al lector sino inquietudes que habían cambiado de eje, el deseo malsano de ver muchos países—sin detenerse nunca en ellos, por decirlo así—, con su contacto demasiado rápido con los indígenas, esa literatura de coches-cama, de velocidades exageradas, de paso y no de estancia, de entrevistas y no de frecuentación, ha contribuido a desarrollar en el espíritu humano el hábito peligroso de las comparaciones. El hombre envidia a su vecino, se cansa de su presente. Ha llegado a ser internacional, lo que no quiere decir humano o universal. La prueba está en que las barreras aduaneras no han sido nunca tan altas y las rivalidades comerciales tan exacerbadas.

La poesía, sin huesos, sin reglas (pues se podría comprender muy bien una codificación de la nueva prosodia moderna), sin arquitectura, entregada al capricho, fuera de las excepciones de genio personal, no entrega ya al hombre la satisfacción de una imaginación normalmente alimentada.

De allí que el hombre, que no tiene ya para encantar y embellecer su hogar la ilusión literaria, que no encuentra en el arte literario demasiado dinámico de su época sino razones para agitarse más aún, esté en situación de mínima resistencia cuando una crisis internacional, como la superproducción actual, lo remece. Convertido en muy exterior, en menos intelectual, cree que la crisis económica es de una urgencia incurable. Y, según los temperamentos de cada pueblo, los gobiernos dan con las soluciones eternas: la obligación de comprar impuesta a los vecinos, la defensa irrazonada de todos los nacionalismos, es decir, la guerra a corto plazo.

* * *

No sé si los escritores franceses llegarán a tiempo; pero me parece descubrir en sus nuevas tendencias un deseo de volver a la literatura curativa de los males de la sociedad, a una literatura que no ignora el hombre, pero que al contrario trata de encontrarlo, de sumirlo en la ficción que enmascara el realismo de la vida, y por esto, a convencerlo.

En todas las sociedades de todos los tiempos, la importancia de la distracción, de las discusiones, ha sido considerable. Inútil es recordar el ejemplo de los legisladores natos, los romanos, que creían que los juegos debían ser gratuitos para el pueblo. En la vida moderna esta importancia ha sido mil veces acrecida. Se ha tratado de satisfacerla por los deportes y el cinema.

Pero el uno y los otros no son sino agitaciones, imágenes breves, *juegos sin filosofías*. Sólo la literatura (poesía, novela, ensayos) puede aportar al espíritu humano, en substractum durable, una vez que ha pasado la imagen, el reposo que garantiza la paz, las ideas que ocupan la imaginación del hombre.

Pues bien, compruebo con infinito placer que la literatura francesa—que es aún, aunque no se quiera confesar, la más avanzada, la más rica en ejemplos—está en camino de evolucionar hacia el buen camino. Al comienzo de esta temporada entiendo que la poesía sin fronteras (que va desde el ensueño inconsciente del morfinómano a la ensoñación del poeta que se fuerza el espíritu) está a punto de terminar. Asistimos también a extraños acercamientos entre las mentalidades latina e inglesa. La bilingüe revista *Echanges* es uno de sus signos.

En la novela vemos evolucionar la idea de que la novela es todo y todo lo puede, desde la confesión más o menos sincera hasta ese cajón de sastre que es un ensayo con personajes en lugar de ideas. Entretanto, las novelas van a ser más consistentes, más urdidas, más compuestas, más espesas. Sí, el público ya no tendrá tres capítulos de novelas cortas calificados de novelas. Podrá apasionarse por un héroe.

Y creo que se verá en este invierno, salvo excepciones geniales en las cuales es siempre posible esperar en países latinos, creo que se verá desaparecer ese género híbrido que hizo la gloria de tal o cual: ¡el folleto! Esta expresión a medias, este ensayo sin conclusión, este esbozo sin cuadro, ha muerto. En cambio se anuncian desde luego volúmenes copiosos de poemas.

* * *

Terminemos. Es muy simple.

Si los dioses lo permiten, si los locos a quienes la ambición belicosa posee no han tenido tiempo de volver a colocar a Europa en un plano de guerras de conquista, si el antiguo modo de enriquecimiento por la fuerza no vuelve a tomar la ventaja de aquí a seis meses o un año, espero mucho en la literatura. Muchos más sujetos de *distracción* del espíritu, de distracción apasionada, se ofrecerán dentro de poco al hombre. Sí, la magia del sueño le será devuelta. Desde entonces, menos sensible a las decepciones que se hallan en el fondo de las crisis económicas (porque nadie muere literalmente de hambre hoy en día), el hombre volverá a tomarle afición a su escaño, a su hogar, al rincón de árboles en qué leer con interés. Se enternecerá con los seres lejanos en lugar de apalearlos sin conocerlos...

Que los escritores, como parecen querer hacerlo, sean aquí más conscientes de su deber, y tal vez la sociedad enferma entre en camino de curación...—ADOLPHE DE FALGAIROLLE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

CRONICA DE ESPECTACULOS

SUMA Y SIGUE

¿QUE saldo podemos trasladar de la cuenta 1930 a la cuenta 1931 en materia de espectáculos? A fin de conocerlo, pasemos revista somera a los hechos más salientes de la temporada que termina este mes.

Aparte de un conjunto de ópera, acerca del cual se ha dicho ya lo necesario, no hemos podido apreciar otro conjunto de mérito que el de Berta Singerman. Ni siquiera nos ha sido dado este año, como en anteriores, presenciar números de variedades de calidad, como el de Josefina Baker. Una serie de compañías mediocres, con repertorios menos que mediocres, ha llenado los claros, mientras el cartel se ha visto poblado casi incesantemente por el señor Flores.

Y esos dos son los términos extremos, antagónicos: el teatro «nacional» y el de cámara. Las ramplonerías de uno se han visto compensadas por las delicadezas sutiles del otro. Los borrones de brocha gorda de aquél, han sido puestos de manifiesto por el vigor y la gracia de las líneas decorativas de telones y personajes en éste. Han colmado un mismo escenario el sonsonete monocorde de Flores y la polifonía maravillosa de la maravillosa voz de la Singerman.

¿Qué hemos salido ganando con ello? Poco o nada. El conjunto de teatro de cámara no logró atraer gente; experimentó lo que se llama un fracaso de taquilla. En cambio las dilatadas temporadas de teatro nacional alcanzaron un éxito económico sin precedentes. El primero logró interesar a una élite. Del segundo se alejó esta aterrorizada. Y ambos elementos—público mayoritario y cultura, arte escénico e industria teatral—permanecen distanciados entre sí. Acaso más que antes, puesto que ya han podido apreciar el espacio que los separa.

¡Y qué remedio! En esta tierra, el interés más profundo, la constancia más denodada, la más fervorosa afición, caen vencidos a lancetazos por el ambiente. A cualquiera de nuestros